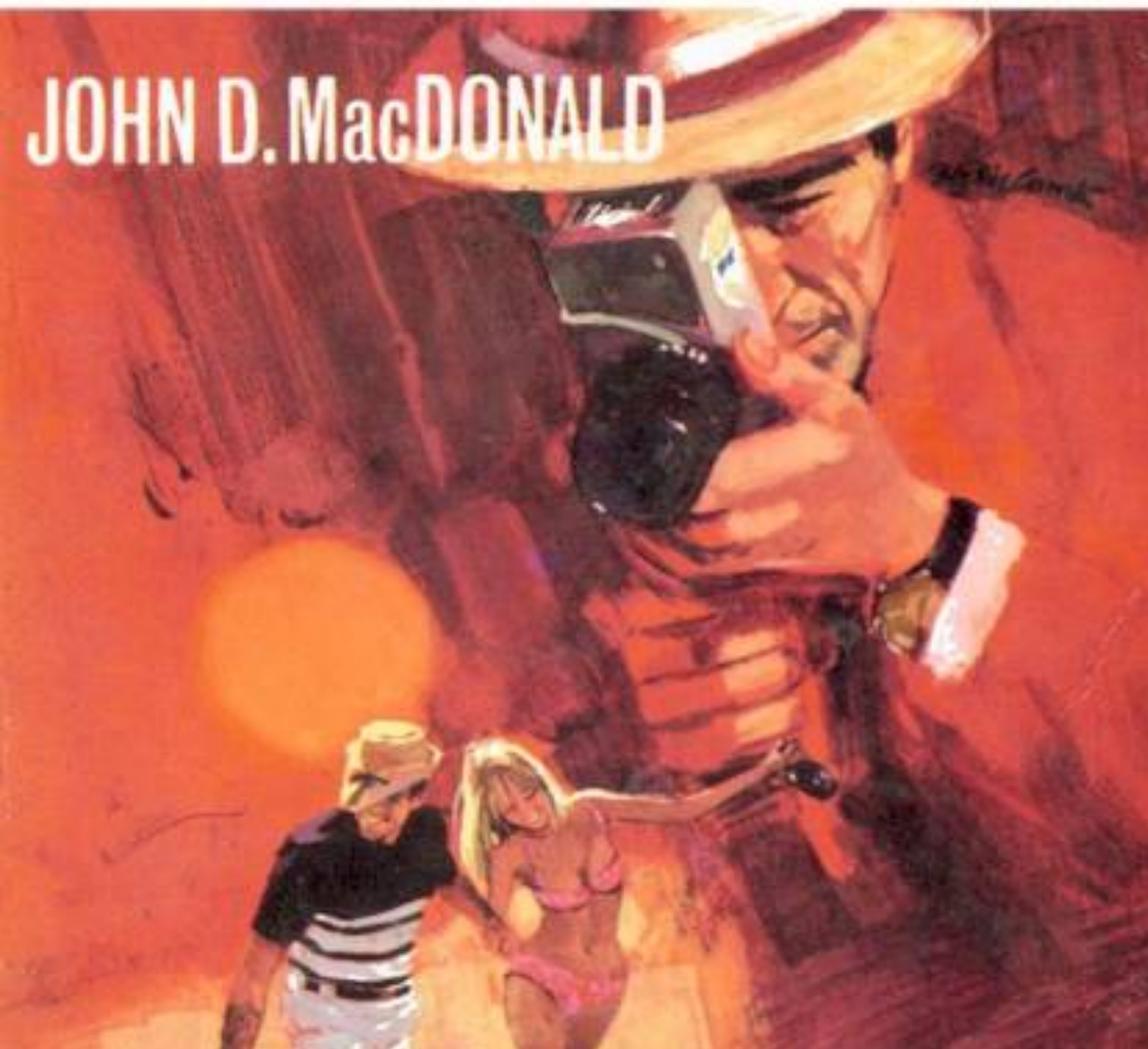




LA ZORRA ROJA

TRAVIS McGEE

JOHN D. MacDONALD



Ella es todo lo opuesto a una damisela en apuros: es una famosa estrella cinematográfica, hermosa, casi tiene el completo control de su vida. Solo ha cometido un error y ahora necesita a Travis MacGee para arreglarlo. La recompensa es buena y los fondos de Travis están bajo mínimos. Pero esa no es la única razón por la que toma el caso. La asistente de la estrella cinematográfica, eficiente y reservada con una disimulada tristeza, hace sentir a McGee que se enfrentaría a cualquier peligro con tal de ayudarla.

Travis McGee 4

UNO

Un viento ruidoso y fuerte del nordeste, cargado con el despacible frío del mes de febrero, alejó a los turistas de la playa, a mediodía. Estos, inmediatamente, buscaron cualquier clase de refugio cubierto, a la vez que se quejaban amargamente. El fuerte viento alzaba las grises olas del Atlántico y las lanzaba indignado contra la playa situada al otro lado de la carretera de Bahía Mar. Asimismo alzaba nubes de fina arena que caían sobre los parabrisas de los numerosos coches, en los ya desiertos muelles y ensenadas cuajadas de embarcaciones de recreo. Port Lauderdale resultaba ser una verdadera calamidad para los turistas en aquella tarde de sábado. Hubiesen estado mucho más cómodos en Scranton.

Me hallaba cómodamente refugiado en el salón del "Busted Flush" mi embarcación-vivienda amarrada en el Muelle F-18. Tenía la calefacción eléctrica funcionando al máximo, y yo tendido sobre el gran sofá amarillo. Vestía en aquellos momentos unos viejos y deshilachados pantalones de lana y una también muy vieja camisa de franela de un azul deslucido por los años de uso.

Unos días antes había cambiado mis viejos altavoces del salón en favor de un par de AR-3, y los había montado en la pared del fondo. En aquellos momentos la radio enviaba música desde Miami y el amplificador "Fisher" se estaba portando muy bien. La emisión de aquellos momentos estaba formada por unos discos de Bernstein de la *Quinta* de

Shostakovich, maravillosa partitura musical, y yo me hallaba de bastante buen humor para hacerle justicia. Se podían cerrar los ojos y flotar entre aquellos formidables acordes.

Skeeter se hallaba al otro lado de la sala, inclinada sobre su tablero de dibujo. Vestía una especie de mono de pana, demasiado grande. Todas sus ropas parecían tener una talla más. La muchacha tiene treinta años, creo, pero parece no tener más de dieciocho. Tiene cabellos rubios finísimos, permanentemente despeinados, rostro aniñado, y una figura grácil e inmadura. No se organiza perfectamente pero se gana bien la vida dibujando ilustraciones para libros infantiles con el seudónimo de Annamara. Mi amigo Meyer la encontró en la playa hace un año o así. Aquel tipo velludo, feo, pero encantador, como persona, es de los que bajan a la playa y saben coleccionar gentes extrañas en la misma forma que cualquiera podría recoger una especie rarísima de caracol de mar.

En aquellos momentos trabajaba con una gran concentración a la vez que asomaba la punta de la lengua por una comisura de la boca. Estaba haciendo los dibujos de un libertino ratón de campo llamado "Quimby". La muchacha trabajaba a bordo de mi casa flotante porque le estaban pintando su departamento situado a corta distancia del muelle y el olor de la pintura la mareaba. Por otra parte, siempre tenía una fecha fija para entregar el trabajo. Hacía ya tiempo, cuando yo me había sentido moralmente destrozado por la pérdida de alguien a quien yo amaba mucho, los dos habíamos sostenido una breve aventura amorosa. Luego descubrimos que sobre aquella base de relaciones nunca nos llevaríamos muy bien. Parecíamos tener un talento especial para poner de relieve constantemente todos nuestros puntos flacos. La cosa fue de mal en peor, y aunque simulamos sentirnos profundamente disgustados lo cierto fue que la rotura de nuestras íntimas relaciones fue un alivio para ella y para mí, tanto más cuanto, cosa poco

corriente en verdad, continuamos sosteniendo una amistad basada en un verdadero afecto.

En los momentos en que la orquesta que se escuchaba en aquel momento a través de la radio atacaba algún pasaje con cierto vigor la muchacha empleaba su pluma de dibujo para ayudar a Bernstein en su labor de director y luego volvía a sumirse totalmente en su trabajo artístico. La muchacha había revelado un maravilloso talento para preparar *grogs* al estilo de la Armada^[1] y en aquel preciso instante yo digería y trataba de evaporar los que me había preparado hacía ya rato. Para ella estaban demasiado flojos. Era lógico. "Quimby" precisaba de una sobria atención.

Entre un *allegro* de la orquesta sonó discordante, por supuesto, el metálico bing-bong del timbre de a bordo. Tengo montado un timbre en uno de los postes de cubierta y una cadena que cierra la entrada de la pasarela de desembarco.

Me puse en pie y me acerqué a echar una ojeada. Era una chica alta. Una mujer alta ataviada con severo traje oscuro y sosteniendo en la mano un bolso que daba la impresión de ser una cartera de negocios. Se mantenía bien erguida indiferente al fuerte viento que en aquellos instantes, soplaba. Tenía todo el aspecto de una comisionista o de una preocupada maestra de escuela que andaba buscando a sus perdidos alumnos. Cuando volví a mirarla por segunda vez, la muchacha oprimió el timbre nuevamente. Todos sus movimientos parecían obedecer a un decidido carácter.

Salí a la cubierta posterior y me acerqué calmamente hasta la pasarela de desembarco para desenganchar la cadena de cierre. La mirada de examen que la muchacha me lanzó fue interiorizada y no pude discernir si en sus ojos se exteriorizaba la aprobación o lo contrario. Pudo ser objeto de las dos opiniones. Soy extremadamente alto y fornido. Hace muchos años que vivo al aire libre, bajo el sol. Una

vez me dijo una muchacha de Texas que todo mi aspecto era el de un beduino del desierto.

La muchacha tenía los cabellos muy negros. Me di cuenta también de que había tríos y cuartetos de pseudo-músicos que llevaban los cabellos mucho más largos que ella. Sus ojos eran también negros y llenos de vida, cejas anchas y negras, rostro alargado y altos pómulos con una nariz en el centro un tanto respingona. La boca salvaba al resto de sus facciones de aparecer severas. Era boca de labios llenos y perfectamente trazada. Parecía mujer moderna, competente, y malhumorada.

—¿El señor Travis McGee? —preguntó.

—El mismo —repliqué.

—Soy Dana Holtzer. No pude hablar con usted por teléfono.

—Está desconectado, señorita Holtzer.

—Me gustaría hablar con usted sobre un asunto de índole personal.

Algunas veces las cosas suceden así. La muchacha tenía aspecto de adinerada, pero al no llevar joyas encima supuse, inmediatamente, que debía ganar dinero. Quizá disfrutaba de un magnífico empleo y, desde luego, no parecía hallarse metida en lío alguno. Probablemente venía por encargo de alguien. Si hubiese venido hacía un par de meses me habría importado muy poco. Pero la bolsa se estaba agotando. Muy pronto tendría que verme obligado a buscar algún pequeño caso que solucionar. De todos modos es sumamente agradable que los casos vengan a uno, evitándole así la molestia de tener que buscarlos.

Sin embargo es siempre esencial tomar precauciones.

—¿Está usted segura de que habla con quién busca? —interrogué.

—Walter Lowery, en San Francisco, mencionó el nombre de usted.

—¿Qué sabe usted de él...? ¿Cómo está el viejo Walt?

—Espero que bien —contestó la muchacha frunciendo: el ceño— me encargó que le dijese que echa mucho de menos las partidas de ajedrez con usted.

La cosa marchaba bien por el momento. Walt y yo jamás habíamos jugado al ajedrez en toda nuestra vida. Nunca habíamos estado frente a frente. Pero aquella era la contraseña de identificación en el caso de que él me enviase alguien a visitarme.

La precaución era lógica. Siempre hay personas excesivamente curiosas: las que se creen agudas, las que se meten en los asuntos ajenos y los investigadores oficiales. Siempre es bueno disponer de un sistema para suprimir a los molestos.

—Bien... —murmuré— entre usted... aquí hace mucho viento.

Desenganché la cadena que bloqueaba el paso a cubierta y volví a colocarla en su sitio una vez la muchacha pisó firme. La chica era de talle alto, con pantorrillas bastante bien formadas y se movía con la gracia que emplean la mayoría de las mujeres de tal estructura. Su espalda era lisa. Además, la muchacha, cosa muy importante desde un punto de vista masculino, sabía caminar bien.

Abrí la puerta y la hice entrar en el salón inundado de música. Skeeter le dirigió una mirada ausente una vaga sonrisa, y continuó con su trabajo. No bajé el volumen de la radio y conduje a la señorita Holtzer más allá del salón principal, atravesando luego la cocina para entrar en la pequeña cabina que oficiaba de comedor. Pero antes cerré la puerta del salón que daba al pasillo de la cocina.

—¿Café?... ¿Algo de beber? —pregunté lacónicamente.

—Nada, gracias —dijo ella penetrando en el diminuto comedor y tomando asiento.

Yo me serví un vaso de café caliente y tomé asiento frente a ella.

Luego, dije con firmeza:

—No acepto cualquier cosa que me proponen.

—Sabemos eso, señor McGee.

—¿Sabe usted como trabajo?

—Creo que sí. Por lo menos sé lo que el señor Lowery comentó acerca de eso. Si algo le ha sido arrebatado a alguien y no hay forma de recuperarlo legalmente usted hace un esfuerzo por conseguirlo... por la mitad de su valor. ¿Es así?

—Tengo que conocer antes las circunstancias.

—Por supuesto. Pero yo más bien preferiría que... la otra parte se lo explique a usted todo.

—También yo. Envíeme aquí a ese tipo.

—Es una mujer. Trabajo para ella.

—Da lo mismo. Envíemela aquí.

—Eso es imposible, señor McGee. Tengo que llevarle a usted a donde ella está.

—Lo siento. Si se encuentra en dificultades lo suficientemente molestas como para recurrir a mí, creo que también ha de tomarse la molestia de venir a verme personalmente, señorita Holtzer.

—No me entiende usted, señor McGee. Sucede que ella "no podría" venir aquí de ninguna forma. Si antes de ahora yo hubiese hablado con usted por teléfono ella también le habría hablado empleando el mismo medio. Tenga en cuenta que trabajo para... Lysa Dean.

Inmediatamente comprendí la dificultad. Aquellas facciones eran conocidas por todo el mundo, aun cuando en una populosa ciudad se cubriesen con unas oscuras gafas de sol. La mujer no desearía venir a verme en misión privada rodeada por una escolta de agentes. Y si venía sola, sus admiradores de ambos sexos inmediatamente la reconocerían a cien metros de distancia, la rodearían e, incluso, la magullarían contemplándola con esa sonrisa estúpida y con miradas de cordero degollado, tal como la inmensa mayoría de los americanos contemplan a sus celebridades. Diez grandes películas, cuatro matrimonios fracasados y un fiasco en una larga serie de televisión, así como una montaña

de fotografías tomadas en los lugares más caros del país habían convertido a aquella mujer en un rostro familiar. Quizá en aquellos momentos la multitud prefiriese verla a ella de cerca que contemplar a Liz Taylor, Kim Novak, o Doris Day. Evidentemente, el público es un animal en el que no sé puede confiar mucho.

—No puedo imaginar a Lysa Dean en situación tal como para necesitarme a mí —comenté.

En aquel instante creí observar una ligera mueca de disgusto en las facciones de la “señorita Eficencia”.

—Ella... quisiera hablar con usted —dijo.

—Veamos... Walter, hace ya tiempo, creo que hizo un guión para ella, ¿no?

—Son amigos desde entonces.

—¿Diría usted que el problema que la preocupa encaja en mis métodos de trabajo?

La muchacha volvió a fruncir el ceño.

—Creo que sí. No conozco muy bien todos los detalles.

—¿No goza usted de su confianza?

—En casi todos los terrenos. Pero, como acabo de decirle, no conozco todos los detalles de esto... sé que es una cosa muy personal... algo... que ella quiere recuperar. Y que para ella es muy valioso. No sé nada más.

—Nada, puedo prometer, pero la escucharé. ¿Cuándo?

—Ahora mismo, si usted puede, señor McGee.

La sinfonía que sonaba en el salón terminó. Me levanté y me acerqué a apagar el receptor. Cuando regresé, la señorita Holtzer dijo:

—Preferiríamos que no mencionara usted esto a nadie. Ni siquiera el nombre de ella.

—Ahora mismo estaba a punto de salir corriendo para contárselo a los amigos, señorita Holtzer.

—Perdone. Lo siento. Me he habituado con exceso a... tratar de protegerla. Durante toda esta semana se hará una gran propaganda de *Winds of Chance*. El estreno mundial se llevará a cabo el próximo sábado por la noche en ocho

salas de Miami. Vinimos anticipadamente aquí con la esperanza de verle a usted cuanto antes. Ella se aloja, ahora mismo, en casa de una amiga. Mañana por la noche se alojará en el hotel de la playa. A partir del lunes tendrá un programa de actividades muy apretado.

—¿Hace mucho que trabaja usted para ella?

—Dos años. Mejor dicho... algo más de dos años. ¿Por qué?

—Me pregunto en calidad de qué...

—Soy su secretaria personal.

—¿Dispone de mucho personal a su servicio?

—No. Ahora mismo no estamos más que yo y su doncella personal; su peluquero y el agente artístico. Realmente... preferiría que todas estas preguntas se las hiciese a ella. ¿Podría usted... venir ahora mismo?

—¿A Miami?

—Sí. Tengo ahí fuera un coche esperando, señor McGee. ¿Puedo... dar un telefonazo?

La llevé hasta el camarote principal. La conexión telefónica se halla en un pequeño compartimento situado en la misma cabecera de la cama. La muchacha consultó una pequeña libreta de cuero negro que guardaba en su bolso y, tras conectar con la central, pidió una conferencia. Al cabo de unos segundos preguntó:

—¿Mary Catherine...? Por favor, dígame que nuestro amigo regresa ahí conmigo. No, eso es todo. Sí... Llegaremos pronto. Gracias, querida.

La muchacha miró a su alrededor lanzando una ojeada al camarote. No pude adivinar si la enorme cama la repelía o la divertía.

Tuve la tentación de explicárselo. Yo mismo me sorprendí al desear explicarle que aquel enorme lecho formaba ya parte del mobiliario cuando yo había ganado la embarcación en una larga partida de poker celebrada en Palm Beach. Mi contrario quiso un anticipo para seguir jugando y su última apuesta fue su querida brasileña, suponiéndose que

la dama en cuestión formaba también parte de la embarcación, pero sus amigos me salvaron en cuanto se refería a la solución de tan delicado problema llevándose a mi contrario de la sala de juego.

La señorita Holtzer no parecía una muchacha particularmente austera. Más bien tenía todo el aspecto de catalogar a las personas en varias categorías.

Decidió finalmente tomar un poco de café mientras yo me cambiaba de ropa. Me puse la molesta e inevitable corbata y un traje de gruesa lana. Cuando de nuevo entramos en el salón, Skeeter dijo:

—¡Eh!... los dos, contemplar un minuto este piojoso ratón.

Nos mostró el dibujo que acababa de terminar. Luego añadió:

—Aquí es cuando “Quimby” descubre finalmente que en realidad es un verdadero ratón. Este gato que está aquí se lo dijo. El pobre “Quimby” se siente terriblemente abrumado por la pena. Creía que era un cachorrillo de perro. Pero me parece que tiene más aspecto de asustado que de preocupado. Al mirarle, ¿verdad que parece que está asustado ante el gato?

—¡Es enormemente encantador! —exclamó la señorita Holtzer—. Debe ser horrible descubrir al final que todo el tiempo se ha estado siendo un ratón.

—“Quimby” no acaba de acostumbrarse —dijo Skeeter. Las dos muchachas se sonrieron mutuamente.

—Dana Holtzer... esta es Mary Keith, más conocida como Skeeter. Bien tenemos que darnos prisa —dije—. Skeet, cierra bien todo si te vas antes de regresar yo.

—Seguro. Bien... lo que más preocupa a “Quimby” es la terrible molestia de tener que aprender a ladrar...

—Come algo si tienes apetito —añadí por último.

Pero ya Skeeter había vuelto a sumirse en su labor. La señorita Holtzer y yo desafiábamos inmediatamente al viento y nos dirigimos hacia la zona de aparcamiento. Luego dijo:

—Esa muchacha es muy extraña, simpática y tiene talento. ¿Acaso es alguna amiga especial?

—Acaban de pintar su apartamento y le dije que podía trabajar a bordo. No podía dejar de hacerlo porque entrega su labor a plazos fijos.

Pocos instantes después, la señorita Holtzer ya había vuelto a cerrar herméticamente todos aquellos apuntes de su personalidad en su concha de rígida secretaria. Recordé inmediatamente su actitud al contemplar el dibujo del ratón. Había sido otra muchacha la que había hablado, una muchacha más joven y sorprendentemente vivaz. Pero sin duda alguna era una mujer habituada a no exteriorizar nada. Era de las que realizaba su trabajo reservadamente y con toda eficiencia. No la pagaban para que reaccionara naturalmente ante la gente ni para exteriorizar sus sentimientos, si es que tenía alguno.

Estaba esperando un brillante y negro “Cadillac” atendido por un hombre de mediana edad ataviado con uniforme gris y botones de plata. Se llevó una mano a la gorra y nos abrió una portezuela del vehículo. Más bien parecía un senador de los Estados Unidos... de los que de vez en cuando aparecían en las pantallas de la televisión. Por otra parte, el hombre, poseía la tremenda habilidad del chófer muy experimentado por llevar un coche grande entre el denso tráfico, a tal ritmo que las chapucerías de los demás conductores parecían ser un espejismo sucio y muy poco importante.

—¿Es el coche de la señorita Dean? —pregunté.

—¡Oh, no! Pertenece a la familia con la que estamos alojadas.

—¿Cuándo llegaron ustedes?

—Ayer.

—¿De incógnito?

—Sí.

—Esa siempre es una buena estratagema.

—En un avión alquilado —añadió la muchacha.

Entre nosotros y la velluda nuca del chófer se alzaba un tabique de cristal. La señorita Holtzer tenía el rostro vuelto hacia otro lado contemplando plácidamente el grisáceo panorama.

—Señorita Holtzer...

—¿Diga...? —preguntó volviéndose hacia mí con fría cortesía.

—Me gustaría saber si me equivoco o tengo razón. Tengo la ligera impresión de que usted desaprueba esto.

Me pareció ver una chispa de diversión en sus negros ojos.

—¿Es eso tan importante para usted, señor McGee?

—Nunca lo he creído así.

—Señor McGee, durante los dos últimos años he sido enviada a realizar encargos tan curiosos que... créame, estaría totalmente agotada si hubiera intentado valorarlos de alguna manera.

—Entonces es usted una persona que evita el tener opiniones...

—Excepto cuando se esperan de mí. Ella me paga por mis opiniones señor McGee. Opiniones de carácter legal, artísticas... escucha y luego es ella quien decide. No le interesan mucho las opiniones que se exteriorizan voluntariamente.

—Y el empleo..., ¿está bien pagado?

—Compensa todo cuanto hago.

—Bien, será mejor que abandone.

Con imperceptible encogimiento de hombros, la muchacha se volvió de nuevo hacia su ventanilla para contemplar el exterior, mostrándome la perfecta línea de su cuello, la también perfecta colocación de una oreja, entre unos rizos de cabellos negros y unas largas pestañas negras, visibles más allá de la suave línea de la mejilla. Todo ello mezclado con la fragancia de un perfume muy discreto.

Travis McGee 4

DOS

La casa se alzaba en una isla privada, sobre un pequeño arrecife de los muchos que había entre Miami y Miami Beach. Un jardinero nos abrió la ornamentada puerta. Penetramos por un sendero de grava que serpeaba entre unos setos de flores muy bien cuidados, luego rodeamos una especie de contrafuerte pintado en blanco y rosa y a continuación nos detuvimos en una pequeña zona rodeada por un jardín.

Me pareció que aquella era la salida trasera del edificio. La señorita Dana Holtzer me condujo por una alfombrada escalera hasta llegar a un vestíbulo sumido en la sombra. Tomé asiento en un trono babilónico, bajo una antigua panoiia cargada de armas. No se oía en la casa ni un sólo ruido. La grave secretaria regresó al cabo de un rato sin sombrero y sin bolso y me hizo una seña con la cabeza, una seña rígida, como correspondería a una jefa de enfermeras. La seguí por un pasillo alfombrado y con zócalo de madera. Luego, la muchacha, llamó sobre una puerta que más bien parecía la de una fortaleza, la empujó abriéndola para mí y, apartándose a un lado, dijo:

Estará con usted dentro de un momento.

Luego cerró la puerta y me dejó sólo en lo que parecía, ser una *suite* para invitados. Me encontraba en una larga estancia de techo alto. Alfombra color ciruela. Artesonados. Siete ventanas arqueadas a lo largo de una pared con cristales pequeños unidos por finas fajas de plomo. Profundos

antepechos. Mobiliario oscuro estilo español. La parte central de la larga estancia ocupaba un nivel más bajo. En un elevado extremo se destacaba un lecho con dosel. En el otro extremo, también elevado, había unas cuantas piezas de mobiliario alrededor de una pequeña chimenea de pizarra. La parte central de la estancia estaba amueblada con piezas de estilo más formal. Al mismo nivel que el lecho había dos puertas. Una de ellas, entreabierta, daba paso a un vestidor. Desde donde me encontraba vi algunas maletas en el suelo. La otra puerta estaba cerrada y oí el casi inaudible sonar del agua que corría.

Aun cuando las cortinas y cortinones de todas las ventanas estaban corridas, la estancia no aparecía particularmente brillante. Me acerqué hasta una ventana. Unos árboles tropicales le prestaban su sombra. Al mirar hacia abajo vi algunos trozos de un bien cuidado césped. Hacia la izquierda, y a través del follaje, distinguí la brillante esquina de una piscina blanca.

Se abrió la puerta del cuarto de baño súbitamente y entró en la estancia Lysa Dean. No era más baja que lo que yo esperaba porque estaba ya preparado para contemplar a una mujer mucho más pequeña que la que había visto en la pantalla de Vista-Visión, en color, en primeros planos, con cada uno de sus ojos más grandes que un sedán "Wolkswagen". Atravesó la porción elevada de la habitación y bajó los tres escalones dirigiéndose hacia mí. Su actuación fue verdaderamente magnífica al descender los tres escalones. O al menos hizo todo lo posible para que lo fuera. Calzaba sandalias sin tacón con correíllas doradas; vestía unos pantalones claros de excelente tejido, tan ceñidos a su piel como un tatuaje; se cubría más arriba con una extraña blusa adornada con pieles que formaban un enorme cuello y mangas tres cuartos. Parecía como si el "Quimby" de Skeeter y otros cien congéneres suyos hubiesen contribuido con la pálida piel de sus vientres a aquella creación de alta costura. Alrededor de su esbelta garganta se anudaba un flojo